

# EL VALOR de la CULTURA

Antonio Medrano

[www.antoniodmedrano.net](http://www.antoniodmedrano.net)

Pocos temas han incitado tanto al estudio, la investigación y la reflexión filosófica como el de la Cultura. Una de las principales preocupaciones de pensadores, historiadores, psicólogos, sociólogos, teólogos y moralistas, y más en estos tiempos de crisis y de grave enfermedad cultural, ha sido comprender el significado y sentido de la Cultura, así como estudiar todas aquellas cuestiones que se relacionan con ella: su origen y evolución, su naturaleza y su importancia para la vida, su pasado y su futuro, sus nexos y diferencias con la civilización (lo que podríamos llamar estructura civilizatoria o aparato civilizatorio), su crisis y decadencia, las causas de los males que la aquejan y que pueden hacer peligrar su supervivencia.

El tema y problema de la Cultura --pues la cultura puede considerarse en ambas perspectivas, como tema a estudiar y como problema al que hay que encontrar solución o una repuesta adecuada-- es uno de los más importantes para la vida humana y uno de los que más interés han despertado en los últimos tiempos. De cómo se aborde el tema de la Cultura y cómo se resuelvan los problemas que hoy día la vida cultural plantea dependerá la calidad de nuestra vida en el futuro, entendiendo tal expresión referida tanto a nuestra propia vida personal como a la vida de la sociedad en la que vivimos.

La Cultura es uno de los grandes bienes con que cuenta el ser humano. Un gran bien, un bien inmenso que va íntimamente ligado a su naturaleza, la cual se expresa y manifiesta justamente en la Cultura, a través de ella y por medio de ella, y en la Cultura encuentra también los cauces para su plena realización. Sin este bien, que es a la vez histórico y metahistórico, y que la naturaleza humana reclama como algo que le es absolutamente necesario, como una realidad que la completa y perfecciona, la existencia de los seres humanos quedaría empobrecida, mutilada, disminuida y atrofiada.

Es la Cultura, entendida en su significación integral y plena, el mayor bien del que podamos disfrutar todos y cada uno de nosotros, el bien por excelencia que nos ofrecen siglos y milenios de Historia humana, el bien que tenemos ahí a nuestra disposición para crecer como personas, para encontrar nuestro puesto dentro del Orden universal, para dar sentido a nuestro vivir y para gozar con plenitud de la vida que Dios nos ha dado.

La Cultura va unida al hombre, a la Humanidad, como parte inseparable de su ser y de su existencia desde sus mismos orígenes. El hombre ha sido con razón definido como "el animal forjador de cultura": das kulturschöpferische Tier que dicen los autores alemanes; the culturebuilder animal, según los autores anglosajones. Es la capacidad de crear cultura, su aptitud para ser portador y

transmisor de cultura, lo que distingue al hombre del resto de las especies animales, según han señalado numerosos y eminentes pensadores.

“Somos la única creatura que se entrega a la tarea de manufacturar objetos estrictamente no-utilitarios”, constatan los antropólogos Richard Leakey y Roger Lewin en una obra que trata de penetrar hasta los orígenes de la Humanidad y descubrir las formas de vida del hombre primitivo. Y semejante inclinación a producir objetos que carecen de utilidad práctica desde el punto de vista puramente material, vital o biológico, como puedan ser obras de arte y objetos religiosos --añaden los citados autores--, constituye la más típica muestra de actividad cultural. En tal inclinación, nada utilitarista ni materialista, podemos ver “el rasgo distintivo de una cultura en pleno proceso de maduración”, si no de una cultura plenamente madura. Pasando revista a diversas muestras del arte rupestre, Leakey y Lewin hacen notar que “la elaboración de creaciones estrictamente simbólicas”, de las que constituyen una buena muestra las obras de arte prehistóricas, al igual que la producción de un conjunto de armas o herramientas de piedra con una forma determinada, intencionalmente buscada, revela una “capacidad lingüística”, elemento definitorio y esencial de la cultura. Es imposible, concluyen, que tal simbolismo abstracto pudiera surgir de un animal no dotado del instrumento del habla; pues sin palabras con las que designarlos, la imagen de un caballo o una pintura sobre la roca, lo mismo que una bandera con sus colores, quedarían privados de significado.

Los científicos antes citados han tenido el acierto de resaltar el nexo que une palabra y cultura, con toda la carga expresiva y simbólica que la palabra, ya sea mentalmente formulada o verbalmente manifestada, en sí encierra. Es ésta una cuestión trascendencia para entender el fenómeno de la Cultura en toda su magnitud y profundidad.

La vida humana resulta inconcebible sin la Cultura, la cual, a su vez, va ligada a la palabra, con lo que ésta significa de empleo de la inteligencia, de desarrollo de la creatividad y de puesta en práctica de la capacidad comunicativa propia del ser humano, todo ello con vistas a un perfeccionamiento de la persona, a la elevación y enriquecimiento de su vida, a la conquista de mayores espacios de libertad y de bienestar, así como al mejor y más profundo entendimiento entre los seres humanos. El hombre es el ser dotado de la palabra, que es el vehículo y cauce de expresión del intelecto, el medio indispensable para que puedan darse la actividad intelectual y la vida espiritual. Pero la palabra es el sostén y cimiento de la Cultura: no existiría la Cultura sin la palabra, como tampoco existiría la palabra sin la Cultura. Gracias a la Cultura sabemos hablar, y gracias a que sabemos hablar podemos participar de la vida cultural, beneficiarnos de sus múltiples riquezas y contribuir a su continuidad, defensa, elevación y desarrollo.

Cultura y palabra nacen al unísono, exigiéndose entre sí como las dos caras de una misma moneda y formando un auténtico círculo virtuoso (en radical contraposición al círculo vicioso de la incultura y la barbarie); es decir, trazando en torno al ser humano un radiante círculo de sentido, armonía y perfección.

Por medio de la palabra, o sea, del lenguaje y la capacidad de hablar, iluminamos, esclarecemos, elevamos y ennoblecemos la existencia. Mediante la palabra nos comunicamos, transmitimos y recibimos experiencias, conocimientos, sentimientos y emociones, hallazgos y descubrimientos, criterios, enseñanzas, normas, principios y valores. Cosas todas ellas fundamentales para la vida humana, para la convivencia y el saludable discurrir de la vida social, y por tanto también para la expansión vigorosa de la vida cultural de un pueblo o de una nación. No es concebible ninguna cultura, ni la pluralidad de sus diversas manifestaciones, sin esa capacidad comunicativa, trasmisora, esclarecedora e iluminadora de la palabra. Es este un tema sobre el que habremos de volver en otro momento, dada su relevancia.

La muerte, apagamiento o desaparición de la Cultura supondría el fin de la vida humana. Y lo mismo podría decirse de la muerte, desaparición o degradación de la palabra, esto es, el deterioro y crisis irremediable del habla y del lenguaje, que son alma y aliento vivo de la Cultura. Cuando los hombres pierden la palabra --en todos los sentidos de dicha expresión--, pierden también la Cultura y, como consecuencia de ello, la vida deja de ser humana para descender al nivel de lo bestial o infrahumano. Cuando los hombres ya no saben hablar entre sí, cuando ya no tienen nada que decir, cuando ya no tienen palabra (la palabra de honor, la palabra que nos damos unos a otros, la palabra que se empeña y compromete, la palabra que se ofrece al prójimo para que nos conozca y pueda fiarse de nosotros), significa que la cultura se ha ido apagando y nos vamos hundiendo en el submundo tenebroso de la incultura, la subcultura y la anticultura.

Hoy, cuando tanto se habla de Europa, aunque entendida por lo general en un sentido casi exclusivamente económico y político --con una concepción de la política más bien banal, burda y rastrera, al servicio de mezquinos intereses, supeditada a la economía y a lo puramente material--, conviene recordar el decisivo papel que la Cultura ha desempeñado en la formación de nuestro continente. Así lo hace notar el profesor Francisco Rodríguez Adrados, eminente historiador y lingüista, cuando escribe: "Europa no es geografía, tampoco política, es cultura". Para el ilustre escritor, Europa es ante todo "un hecho cultural", ha sido forjada por la Cultura, que es la que le ha dado su unidad. La suya es una "unidad cultural que ha crecido desde los griegos". Europa no es otra cosa, afirma Rodríguez Adrados, que "una geografía que poco a poco se hizo cultura", proceso en el que jugaron un papel decisivo sus lenguas, sobre todo las del tronco indoeuropeo. Es cierto que Europa ha conocido a lo largo de su Historia terribles enfrentamientos, guerras y conflictos sangrientos, pero por encima de tales tragedias, que han pasado como algo efímero, "la unidad cultural se afirma", concluye el helenista español. Ideas éstas que hay que tener muy en cuenta y que adquieren especial significación en estos tiempos en que la cultura se halla en franca regresión, casi relegada a las catacumbas, sobre todo en Europa y en Occidente.

Somos lo que somos gracias a la Cultura, esa Cultura contra la cual quizá nos sublevamos, que con toda probabilidad desconocemos o conocemos de manera muy precaria y superficial, que tan a menudo despreciamos y por la cual nos interesamos muy poco. Esa Cultura que muchos atacan, denigran,

socavan y pervierten en nuestros días con furia nihilista y con total impunidad. La Cultura es nuestra madre, el seno materno en que nos sentimos cobijados y protegidos. A ella debemos cuanto somos, tenemos y hacemos. En su regazo hemos crecido y de ella hemos recibido todos los elementos que nos permiten avanzar en la vida, enfrentarnos al mundo, conocerlo, entenderlo, interpretarlo y transformarlo. Y nos permiten, sobre todo, enfrentarnos a nuestro propio mundo personal, interpretar nuestra realidad íntima, conocernos y transformarnos a nosotros mismos.

La Cultura nos ha dado, entre otras muchas cosas, la lengua, nuestra lengua materna, verdadera madre de nuestra mente y nuestra alma, gracias a la cual podemos pensar, formar nuestras ideas, expresarnos y comunicarnos, decir lo que necesitamos o anhelamos, forjar nuestro destino, saber quién somos y qué hemos venido a hacer en esta vida. Y el buen conocimiento de nuestra lengua materna o nativa nos permite después conocer otras lenguas, abrimos al mundo no sólo lingüístico sino también cultural, hecho de ideas, conceptos, matices y modos de expresión, que en sí contiene cualquier idioma, con su propia y peculiar visión del mundo, ampliando y enriqueciendo así nuestro horizonte personal.

No podría desconocerse, en este punto, la vital relevancia que no sólo dentro de la Cultura, sino en el contexto global de la vida humana, adquiere la palabra poética, que viene a ser tanto como decir la palabra en su significación pura, virginal y primordial. A este respecto resulta imprescindible remitirse a lo que los poetas de todos los tiempos, desde Platón a Mathew Arnold o Novalis, nos han dicho con un lenguaje claro y nítido, realmente inspirado. Hablando de la actividad poética y tratando de explicar el misterio que la misma encierra, Luis Rosales, el gran poeta y pensador español, en una entrevista que se le hacía en relación con el tema de la creación cultural, formulaba una idea que resulta sumamente sugestiva y que ilustra cuanto acabamos de decir. “Nacemos insertados dentro de un mundo poético al cual pertenecemos”, explicaba Rosales al entrevistador que le interrogaba sobre la forma en que surge la poesía en la mente del poeta. Y añadía: “Este mundo poético nos da la voz, nos da la orientación y nos da una gama muy amplia de posibilidades dentro de las cuales nosotros tenemos que elegir”.

Palabras que muy bien pueden aplicarse a la vida de la Cultura, pues ésta constituye en realidad un mundo poético, una realidad llena de poesía, entretejida por un sutil y delicado hilo poético que teje su urdimbre y le da toda su grandeza, su atractivo y belleza, su dignidad y nobleza. En la Cultura cristaliza esa poesía que Jacques Maritain veía como aliento y fuerza inspiradora de toda gran creación humana. Todos nacemos dentro de este mundo poético que es el de la Cultura, el cual no sólo nos da voz y orientación, como dice Rosales, sino que nos trasmite también aliento, luz, ideas, pautas de comportamiento, ideales, imágenes y motivos, cosas todas ellas sin las cuales nos sería muy difícil vivir, sin las cuales no podríamos sino malvivir. Y además, con ese rico acervo que pone a nuestra disposición, nos va formando, va dando forma a nuestro ser personal a medida que nos vamos nutriendo de él y vamos absorbiendo su savia vital.

El hombre tiene una imperiosa necesidad de Cultura. Todos necesitamos de la Cultura. No podemos prescindir de ella. No hay nadie que puede crecer y vivir con normalidad al margen de la Cultura. Aunque muchos piensen que la Cultura es un lujo, algo superfluo y accesorio, propio de eruditos, intelectuales, diletantes, gente selecta o especialmente aficionada a “lo cultural”, y que ellos no la necesitan ni ven que les pueda aportar gran cosa, el aliento vivificante de la Cultura resulta indispensable para nuestro caminar en esta vida terrena. Quienes viven con el convencimiento de que no necesitan para nada de la Cultura, quienes la menosprecian y no se sienten atraídos ni interesados por ella, son quienes más la necesitan. Nadie puede considerarse liberado de la imperiosa necesidad de cultivarse, de abrirse a la Cultura, de interesarse por lo que ella le ofrece y esforzarse por poseerlo y asimilarlo.

No sería exagerado decir que los seres humanos necesitamos nutrirnos de la Cultura y abreviar en su inagotable manantial casi tanto como necesitamos comer, beber, trabajar, hacer ejercicio, descansar, dormir y respirar. Entre otras cosas porque la Cultura nos enseña a realizar tales actividades vitales para nosotros de forma adecuada y correcta. Sin el aporte siempre vivo y vital de la Cultura no podríamos vivir: se entiende “vivir como es debido”, vivir humanamente, vivir de forma satisfactoria, sana, digna y noble. Sin la cultura nos sería muy difícil, por no decir imposible, crecer en madurez, construirnos como personas, conquistar la auténtica libertad, despertar internamente y desarrollarnos de manera plena. La Cultura aumenta la calidad de nuestra vida; la incultura, en cambio, la disminuye, la rebaja, pudiendo llegar incluso tal pérdida en la calidad de vida hasta extremos lamentables.

La Cultura humaniza, nos hace ser verdaderamente humanos; la incultura deshumaniza, nos hace perder en humanidad y sufrir una merma en valores humanos, cuando no nos lleva a perder por completo nuestra humanidad convirtiéndonos en entes inhumanos. La Cultura personaliza, transforma al individuo en persona, despierta y eleva nuestra personalidad, afina y potencia nuestras cualidades personales, nos hace crecer en riqueza personal, en profundidad y autenticidad íntimas. La incultura, por el contrario, nos despersonaliza, nos hace perder en personalidad y en solidez personal, nos empobrece personalmente, lima y rebaja nuestras posibles aptitudes o cualidades personales, angosta y llega a asfixiar o anular nuestra intimidad, nos convierte en individuos sin fuste y vacíos, nos hace caer en la masificación y el anonimato gregarios.

La sentencia evangélica “No sólo de pan vive el hombre” tiene aquí una muy directa aplicación. No basta con alimentar el cuerpo. Hay que alimentar también el alma, la psique, satisfaciendo sus múltiples necesidades, y además alimentar el espíritu, permitiendo así se expanda y eleve en libertad nuestra realidad trascendente. Tan importante como la alimentación y el cuidado del cuerpo es el cuidado, la atención y alimentación de nuestra vida anímica, en su doble dimensión intelectual y emotiva, pero mayor importancia aún reviste el cuidado, la atención y alimentación de nuestra vida espiritual. Este cuidado, alimentación y cultivo de nuestro ser anímico-espiritual es algo fundamental, estando por encima incluso de la necesidad de nutrir y cuidar nuestra dimensión física o corporal, pues no podemos olvidar que la salud y bienestar

de esta última depende en gran parte del buen estado de aquél. Lo anímico y lo espiritual ejercen una influencia decisiva sobre la totalidad del organismo corpóreo, así como sobre todo aquello que le afecta o pudiera llegar a afectarle, resultando determinante para nuestra salud o enfermedad desde un punto de vista puramente físico.

No sólo es importante para la vida el bienestar material, eso que hoy tanto nos preocupa: la vivienda y el coche, la lavadora y la nevera, una buena alimentación, el dinero, un trabajo estable, unos bienes y propiedades suficientes para no sufrir estrecheces y poder afrontar los posibles problemas que surjan en el futuro, una saneada cuenta corriente en el banco y una salud física que nos permita disfrutar de una larga vida. Capital importancia tienen asimismo todos aquellos elementos que forman el más típico entramado de la Cultura: el arte, la lectura, la conversación y el diálogo, la literatura, la poesía, la música, la danza, la geometría y las matemáticas, el erotismo (el arte del amor), el contacto con la Naturaleza, la ética y las normas de conducta, la filosofía, la historia, la religión, la espiritualidad, las ciencias sagradas y las técnicas de realización personal. ¿Puede una vida considerarse normal si carece de tales elementos formativos, si en ella no se han hecho presentes en modo alguno ni ha existido la menor relación con ellos?

Sin la Cultura el hombre sería un ser tosco y embrutecido, una bestia salvaje, una fiera peligrosa, un monstruo hosco y brutal, un depredador incontrolable cuya violencia y furor acabaría dirigiéndose contra él mismo. Y esto no es una mera suposición o una disquisición puramente intelectual. La realidad, la experiencia vivida y los hechos a los que nos vemos confrontados una y otra vez en la vida cotidiana nos lo demuestran hasta la saciedad. Hemos visto con frecuencia cómo el ser humano se degrada y brutaliza en cuanto pierde las buenas cualidades que en él fomenta la Cultura y se aleja del ideal de perfección que la Cultura tiene como norte. No hay que perder de vista, a este respecto dimensiones tan decisivas de la Cultura como son la urbanidad (las buenas maneras, el trato correcto), el buen uso del lenguaje y del idioma (tanto en la conversación como en la escritura, sin olvidar tampoco el lenguaje corporal de los gestos y ademanes), el juego y el deporte (con su caballerosidad, su gozo y alegría, su camaradería y su espíritu olímpico), la higiene mental y la disciplina de los sentimientos y los afectos, la moral y la ética, las doctrinas sapienciales y las vías espirituales.

Si no existiera la Cultura, si no contáramos con el apoyo y los elementos que nos brinda desde el momento mismo en que nacemos, nos veríamos obligados todos y cada uno de nosotros a empezar de cero al organizar y articular nuestra vida. Tendríamos que idear por cuenta propia, mediante tanteos y errores sin cuento, con tropiezos y descalabros inimaginables, el camino de la existencia. Nuestra vida estaría abocada al malogro, al fracaso, a la ruina y a la inanidad. Ese malogro, ese fracaso, esa ruina y esa inanidad que vemos de hecho, lamentablemente, en los individuos que no han puesto el menos interés en cultivarse y han dado la espalda por completo a los bienes de la Cultura. Seres cuyas vidas van a la deriva, sin norte ni propósito, están vacías, llenas de angustia, malestar y zozobra.

\* \* \* \* \*

En próximos artículos iremos tratando otros temas relacionados con la Cultura:

La Cultura, misión y sendero de la Humanidad

La lucha por la Cultura.

Beneficios que aporta la Cultura.

Problemas que causa la incultura.

El conflicto entre Cultura y barbarie: el bárbaro civilizado.

La Cultura como saber superior o síntesis de saberes.

La Cultura como todo orgánico y alta forma de vida.

La Cultura como cosmos de valores.

La Cultura como orden jerárquico y aristocrático.

La Cultura como unidad sacra, unidad de estilo.

La espiritualidad, base y fundamento de la cultura.